

LA MUJER NEGRA, MEDIADORA DE VIDA Y DE CULTURA

Ma. Cristina Navarrete

Dominga de Adviento, una negra de ley que gobernó la casa con puño de fierro hasta la víspera de su muerte, era el enlace entre aquellos dos mundos. Alta y ósea, de una inteligencia casi clarividente, era ella quien había criado a Sierva María. Se había hecho católica sin renunciar a su fe yoruba, y practicaba ambas a la vez, sin orden ni concierto.

*Gabriel García Márquez
Del amor y otros demonios*

La provincia de Cartagena era, en el siglo XVII, la más importante y cosmopolita del Nuevo Reino; sirvió de nexo con el continente y con el resto del mundo, allí llegaban los galeones de la armada española, los barcos negreros y las balandras costaneras. Este ambiente de confluencia de mercaderías y personas la convirtió en una región de encuentros culturales.

Los habitantes de la provincia, después de pasar los rigores de la primera época y comenzar a gozar de un séquito de esclavos y esclavas domésticos. Este fue el medio propicio para que señoras de la alta sociedad y sus esclavas, particularmente negras criollas y

mulatas, entablaron relaciones de compromiso y de intercambio en el ámbito social y cultural.

La casa señorial exigía la ocupación de negras y mulatas del servicio doméstico para su manejo como amas de llaves, costureras, cocineras, lavanderas, recamareras y amas de crianza. Estas últimas eran negras y mulatas, esclavas o alquiladas a jornal, de muy buena salud, que recientemente habían dado a luz y que suplían o complementaban la leche materna de las señoras de alto rango social.

El tipo de relación que se estableció entre las señoras, los pequeños hijos y las amas de cría se movía en el plano de lo afectivo y lo cultural. Entre ellos se desarrollaron lazos de afecto que en cierta medida privilegiaron la posición de estas esclavas en el ambiente familiar. En muchas ocasiones estas negras y mulatas debían criar paralelamente a dos infantes, situación que implicó que el hijo de la esclava y el de su ama crecieran, se desarrollaran y compartieran juntos los juegos, los comportamientos y las experiencias. En consecuencia, las diferencias de origen en esta primera infancia serían imperceptibles.

De allí, que el intercambio cultural que se generó en estas relaciones puso en circulación valores entre esclavos y señores que se fueron permeando y distribuyendo en ambos sentidos hasta llegar a configurar lo que más tarde sería el sentido de la identidad regional. En este ámbito, las amas de cría fueron mediadoras de conductas, afectos, expresiones, costumbres, lenguaje, creencias, diversiones, etc.

Paralelamente, las esclavas del servicio doméstico y las negras y mulatas libres se constituyeron en confidentes, compañeras, encubridoras y hasta amigas de las señoras de sociedad, quienes a la par de ser sus cómplices y consultoras sentían gran temor hacia ellas, invirtiéndose en este caso las relaciones de poder y dominio.

Las mujeres de castas disfrutaban de la posibilidad de movimiento fuera de la reclusión que padecían en sus hogares las señoras de sociedad, alejadas de los acontecimientos del mundo exterior. Es así como negras y mulatas se convirtieron en intermediarias de comunicación, portadoras de noticias, mensajes, chismes e incidentes que las señoras recibían y esperaban.

La condición de mediadoras de estas mujeres fue uno de los puentes que conectó el mundo de los españoles y criollos de la clase alta con el de la gente de castas. De esa manera se pusieron en circulación aspectos culturales y saberes que en este proceso se convirtieron en elementos culturales compartidos y formas de identificación regional.

En este mismo sentido, las congregaciones de brujas, negras y blancas significaron un espacio de transmisión de la memoria cultural en donde la figura de la mujer negra y mulata asumió papel importante como preceptora de las iniciadas, cabecilla de las veladas y conservadora de la tradición del grupo.

La historia de la mujer negra en las provincias del Nuevo Reino de Granada, en los siglos coloniales aún está por escribirse. Algo se sabe de las mujeres de la élite pero muy poco de sus relaciones con las mujeres de castas, específicamente, negras y mulatas. Esta ausencia de trabajos de investigación y el reconocimiento de la exclusión de la mujer de la actividad política no significa, necesariamente, pasividad en su acción social y cultural o, en el caso de las mujeres de castas, en su rol económico.

El estudio de la mujer negra debe tomar en cuenta, por una parte, su presencia como un ser normal, representativo de la época, integrándola al conglomerado de la sociedad como parte esencial de la misma. Por otra parte, es necesario reconocer que en ese conjunto de mujeres comunes hubo algunas que se destacaron como personalidades distinguidas, por la fuerza de su carácter, la apropiación de saberes, el ascendiente sobre sus congéneres y la propiedad para intermediar entre la sociedad blanca y el mundo de las castas.¹

Aunque es obvio que la negra y, en general, la mujer de castas no pertenecieron a la élite del período colonial no es claro aún el tipo de relaciones que establecieron con ésta y su participación en la

1. Véase el artículo "La mujer bruja en la sociedad colonial. El caso de Paula de Eguiluz". En revista *Región*. Cali, No. 2, 1994.

formación de la compleja sociedad de la colonia.

El presente artículo si bien no responde a una investigación específica sobre la mujer si corresponde a un estudio más amplio de la participación social y cultural de los grupos negros en la provincia de Cartagena y su zona de influencia, en el siglo XVII. Tiene como propósito analizar la presencia de la mujer negra como mediadora de actitudes sociales, comportamientos, tradiciones y costumbres entre la gente de castas y la élite colonial.

Las nodrizas de la vida

La niña, hija de noble y plebeya, tuvo una infancia de expósita. La odió desde que le dió de mamar por la única vez, y se negó a tenerla con ella por temor de matarla. Domingo de Adviento la amamantó, la bautizó en Cristo y la consagró a Olokún, una deidad yoruba de sexo incierto...

Gabriel García Márquez
Del amor y otros demonios

Los habitantes de la provincia de Cartagena, después de pasar los rigores de la primera época y comenzar a gozar de bienes de fortuna, pronto reprodujeron las características de la vida señorial con el disfrute de un séquito de esclavos y esclavas domésticas, en el siglo XVII. Este fue el medio propicio para que señoras de la alta sociedad y sus esclavas, particularmente negras criollas y mulatas, entablaran relaciones de compromiso y de intercambio en el ámbito social y cultural.

La casa señorial exigía para su manejo la ocupación de negras y mulatas del servicio doméstico, como amas de llaves, costureras, cocineras, lavanderas, recamareras y amas de crianza.

Fue común entre las familias de la clase alta cartagenera conseguir amas de cría para amamantar a los infantes. Debió de ser una práctica usual, aunque no existen documentos que especifiquen

sus detalles e implicaciones profundas. Sin embargo, no deja de sorprender que una de las funciones más importantes, propia de la mujer, inherente a la maternidad y tendiente a la perpetuidad de la familia, fuera entregada a la mujer negra.

En una sociedad en donde el índice de mortalidad infantil era elevado y en la que los hijos eran factor determinante en la proyección de la familia de los grupos de élite, tuvo que acudir, como forma de suplemento a la lecha materna o sustituto a falta de ésta, al pecho de jóvenes negras y mulatas de reciente alumbramiento para compartir con el hijo de la señora la leche de su pequeño crío, es decir, que la supervivencia de la familia de los grupos altos se consiguió, en gran medida, en desmedro de la supervivencia de los hijos de castas y en casos, aprovechando el deceso de uno de ellos.

Las amas de crianza eran negras y mulatas, esclavas o libres alquiladas a jornal, de muy buena salud; eran seleccionadas entre las esclavas de la casa o la estancia o se las alquilaba entre las esclavas domésticas de un conocido. Estas nodrizas no se escogían al azar; una partera, un médico o un cirujano contratado por la familia hacía el reconocimiento de la salud de la esclava y daba el visto bueno a la lecha materna, al parecer no era fácil encontrar "leches buenas".

En ocasiones, se aprovechaba el servicio de las negras y mulatas libres con pago de jornal o se optaba por la compra de una esclava de reconocida reputación trasladándola, con su hijo, al servicio de la casa. Sus oficios eran altamente valorados,² no sólo en lo económico sino en lo afectivo. Algunas se hicieron merecedoras a la manumisión, aunque con las limitaciones propias de este privilegio que consistía en el goce de libertad a la muerte de la dama servida. Así por ejemplo, en 1634, doña Ana María Jiménez tenía "por razón de estado" que negra que hubiese criado al pecho a uno de sus hijos no podía ser esclava de otra persona, para cuando ella muriese tenía dispuesto concederle la libertad a la negra Ana y a su hija que había

2. El jornal de las amas de cría, en la primera mitad del siglo XVII, podía calcularse entre 8 y 7 pesos al mes, disminuyendo, durante ese período, en esa proyección.

criado a varios de sus hijos.³

Así como el servicio era altamente gratificado, también, su infracción era severamente castigada. A mediados del siglo XVII, Luisa, una negra esclava de la casa del capitán Diego López de Melgar, que a la sazón alimentaba a su hijo tomó bebedizos para abortar al darse cuenta que había quedado embarazada y ocultó el incidente a sus amos; como el niño comenzó a perder peso, estando su vida en peligro, su señora al descubrir el asunto, resolvió venderla como castigo, a pesar del mucho afecto que le tenía por haberse criado juntas.⁴

El tipo de relación que se establecía entre las señoras, los pequeños hijos y las amas de cría se movía en el plano de lo afectivo y lo cultural. Entre ellos se estrechaban lazos de afecto que, en cierta medida, privilegiaron la posición de estas esclavas en el ambiente familiar. En muchas ocasiones estas negras y mulatas debían criar paralelamente a dos infantes, situación que implicó que el hijo de la esclava y el de su ama crecieran, se desarrollaran y compartieran juntos, juegos, comportamientos y experiencias. Por lo tanto, las diferencias de origen en esta primaria infancia serían imperceptibles.

Igualmente, traiciones y prácticas culturales de carácter mágico y religioso hicieron parte de la comunicación de saberes de las amas de cría a los niños a su cargo, lo que en consecuencia suponía la creación de un imaginario colectivo de carácter popular. Don Andrés del Campo, hidalgo español, residente en Cartagena en la primera década del siglo XVII, de manera inteligente, hallaba la causa del uso de hierbas polvos y palabras y otros desvíos de su joven esposa en el hecho de haber sido encomendada a su nacimiento, como era costumbre en estos reinos, al pecho de amas indias o negras, para

3. Archivo Histórico Nacional de Madrid. Legajo 1611, No. 8, fls 82v-87v. En adelante AHNM.

4. AHNM Legajo 1612, No. 20, fls. 43v-49v.

quienes las supersticiones no tenían carácter de prácticas ilícitas.⁵

Acompañando el acto de criar al pecho a los hijos de las clases altas se encontraban otras prácticas sociales derivadas del cuidado de los niños y de su contacto permanente. Las relaciones de afecto, el compartir juegos y espacios con los hijos de las amas de cría, las valoraciones del bien y del mal, la práctica del lenguaje y hábitos alimenticios y de otra índole convirtieron a la provincia de Cartagena en una región espiritualmente mulata producto de un proceso de mestizaje cultural.

Como bien lo afirmaban Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en relación con el hábito, extendido entre las mujeres, de fumar el tabaco, las señoras lo aprendían desde pequeñas de las amas de leche que las habían criado, habiéndose hecho de esta forma una costumbre común entre las personas de distinción.⁶

Las amas de cría concretizaron en la provincia de Cartagena, lo que Asunción Lavrin define como ayudar a "modelar la transferencia cultural"⁷ por cuanto en la labor de crianza de los infantes aportaron y contribuyeron a moldear valores, comportamientos, prácticas sociales, expresiones lingüísticas. En este ámbito, las amas de cría fueron mediadoras en la transmisión de estos aspectos. De allí, que el intercambio cultural que se generó de estas relaciones puso en circulación valores entre esclavos y señores que se fueron permeando y distribuyendo en ambos sentidos hasta llegar a configurar lo que más tarde sería el sentido de la identidad regional.

-
5. Tejado Fernández, Manuel.. *Aspectos de la vida social de Cartagena de Indias durante el seiscientos*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos, 1954, pp. 72-75.
 6. de Ulloa Antonio y Jorge Juan. *Relación histórica del viaje a la América meridional*. Madrid, Antonio Marín, Año MDCCXLVIII, p. 53.
 7. Lavrin Asunción. "La mujer en la sociedad colonial hispanoamericana". En *Historia de América Latina*. Barcelona, Editorial Crítica, 1990, vol. 4. p. 109.
-

Consejeras y comunicadoras

Paralelo a las funciones de las nodrizas negras, las esclavas del servicio doméstico y las negras y mulatas libres, que por sus servicios frecuentaban la casa señorial, se constituyeron en confidentes, compañeras, encubridoras y hasta amigas de las señoras de sociedad.

Las relaciones entre las clases y los grupos sociales, en el período colonial, no fueron tan simples y absolutas como quieren mostrar los esquemas piramidales de la división de clases. Las interrelaciones que dieron fruto al mestizaje y las que se llevaron a cabo en las casas señoriales y estancias rurales de la época, parecen mostrar lo contrario.

Para la mujer en reclusión, las esclavas domésticas y las libres a jornal que asistían en diversos menesteres de la familia, se convirtieron en medios de relación, comunicación y alianza, en contravía con el sentido de separación de castas. A su vez, la oportunidad de vida en el exterior de que gozaba la mujer negra y de castas, especialmente las libertas, les permitieron entrar en relación con otros grupos sociales.

En términos generales, la mujer negra y de castas gozó de mayor movilidad en la sociedad colonial y se la consideró portadora de un sentido de liberación sexual. Las esclavas del servicio doméstico y las negras y mulatas libres disfrutaban de la posibilidad de llevar una vida afuera más activa, diferente al reclutamiento y a las restricciones que padecían en sus hogares las señoras de alcurnia, ajenas a los acontecimientos del mundo. Como dice Asunción Lavrin, en relación con la mujer colonial mexicana, "una verdadera dama se quedaba en casa".⁸ Por lo tanto, fue así como las negras criollas y mulatas se convirtieron en portadoras de noticias, mensajeras de recados amorosos, cómplices de romances prohibidos

8. Lavrin Asunción. "Investigación sobre la mujer de la colonia en México: siglos XVII y XVIII". En: *Las mujeres latinoamericanas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 64.

y recolectoras de chismes que las señoras atendían con agrado.

La condición de mediadoras de estas mujeres fue uno de los puentes que conectó el mundo de los españoles y criollos de la clase alta y el de la gente de castas. De esta manera se pusieron en circulación aspectos culturales y saberes que en este proceso se convirtieron en elementos culturales compartidos.

Si bien, la idea de la mujer débil, digna de protección, pasó a la América española, no fue aplicada para la mujer de ascendencia africana. Esta, por el contrario, en vez de necesitar protección masculina representó un peligro para la entereza y moral del hombre; por ejemplo, la mujer bruja, negra y de castas, conservó en suelo americano la característica medieval de convertirse en instrumento y aliada del demonio, de esta forma, era altamente peligrosa para la integridad masculina y la debilidad de las damas de élite. Este concepto se derivó de un nuevo elemento que apareció a finales de la Edad Media que consistía en la noción de la bruja como receptora de poderes, gracias a un pacto deliberado que establecía con el diablo.

El demonio, gran versado en cosas y fenómenos naturales transmitía a las brujas, negras y mulatas, estos saberes y poderes que aunados a la fama de desmedida actividad sexual, las convirtieron en sospechosas de herejía y perversión social, para las instancias institucionales.

No sucedía lo mismo entre las damas de clase alta y las mujeres de los grupos bajos. La bruja de castas llegó a adquirir entre ellas una gran reputación y función social, particularmente, las consideradas "maestras de brujas". Estas maestras como su nombre lo indica instruían a las iniciadas en las prácticas rituales, garantizaban la consolidación del grupo, permitían el goce de vida y la libre expresión de la sexualidad, propios de estas reuniones clandestinas. Además, sabían curar enfermedades y eran conocedoras de suertes y conjuros para adivinar el destino y de artes diversas para conservar el favor de los hombres.

La condición de mediadoras de estas mujeres ejemplifica el sentido de las relaciones que se establecieron entre la clase alta y el

bajo mundo cartagenero, conformado este último tanto por la gente de castas como por españoles pobres.

Era frecuente que las señoras consultaran y pidieran consejo a sus esclavas en los problemas sentimentales. Estas, conocedoras de remedios, sabedoras de personas con más experiencia para curar y con mayores posibilidades de movilidad física, generaron en sus amas una actitud de dependencia y temor que en muchos casos invertía las relaciones de poder y de dominio.

También, en Cartagena sucedió lo que Ruth Behar identificó para México "... y así encontramos cadenas de mujeres de todas las clases y castas que se transmitían información sobre diversos remedios que podían ser empleados cuando el hombre era obstinado, violento o infiel".⁹

En muchas ocasiones llegaron a entablarse relaciones amistosas entre las consejeras y curanderas de castas y las señoras "de bien" gracias a los favores recibidos. Es fácil imaginar que estos favores derivados de poderes sobrenaturales promovieron actitudes ambivalentes; muchas señoras llegaron a sentir verdadera desconfianza de las acciones de sus esclavas. Doña Lorenza de Alvarez, por ejemplo, creía que Sebastiana, su esclava de muchos años, le había causado daño, pero, no se atrevía a pedirle que la curara por temor a que la acabase de matar.¹⁰

A pesar de estos temores y de las prevenciones sociales de que una dama no debería disfrutar de la compañía de esclavas de moralidad y costumbres dudosas, doña Rufina de Roxas y de la Cruz, para dirimir su conflicto espiritual de si darle "chamico" o "verenjenas de monte" a su marido, era asunto pecaminoso que debería confesar a la Inquisición, se asesoraba de Thomasa, su esclava negra, quien se desempeñaba en la cocina.

9. Behar Ruth. "Brujería sexual, colonialismo y poderes femeninos: opiniones del Santo Oficio de la Inquisición de México". En: *Sexualidad y matrimonio en la América hispánica*. México, Grijalbo, 1989, pp. 199.

10. AHNM Legajo 1620 No 10, fls. 50v-55v.

Igualmente, hacía de Aneta, negra criolla, otra de las esclavas del servicio de su casa, su cómplice en las visitas nocturnas que realizaba "muy olorosa y compuesta" a los aposentos del inquisidor de Cartagena, Juan de Ortiz, en 1643. Por otra parte, también, una negra llamada Antonia, esclava del dicho inquisidor, que por ese entonces le criaba una hija, colaboraba como cómplice en estos menesteres.¹¹

Una vez realizado este análisis puede, entonces, concluirse que la mujer negra y sus descendientes de castas, tanto las que se desempeñaron como amas de crianza, las del servicio doméstico, esclavas o libres a jornal, como las cofrades en los ritos de brujería se constituyeron en figuras mediadoras entre los grupos de las castas y del bajo mundo y el de los grupos altos; en esa medida, pusieron en circulación comportamientos sociales, afectos, costumbres, creencias, expresiones lingüísticas y lúdicas que de esta manera transitaban por los diversos grupos sociales hasta convertirse en elementos culturales comunes.

Las negras y mulatas del servicio doméstico, entre ellas las amas de crianza, formaron, junto con la familia patriarcal una especie de comunidad familiar que se convirtió en centro de socialización y de transmisión de la memoria cultural. Allí se conjugaron actitudes y comportamientos de raíces españolas y africanas en la creación de un nuevo conjunto de valores y de conducta social. Las relaciones sociales, los lazos interfamiliares, la movilidad de las esclavas domésticas, además de otras formas interacción social, ayudaron a transformar estos rasgos particulares en comportamientos colectivos.

11. Croitoru Itic. *De Sefarad al Neosefardismo*. Bogotá, Editorial Kelly, 1967, Tomo I, pp. 202-213.